

Su casa es la última del pueblo. Hacia el bosque las otras viviendas se dispersan cada vez más, extendiéndose hacia la espesura como si anhelaran separarse del enjambre que se apiña alrededor de la iglesia y la posada. Su casa se ha distanciado tanto que no está unida al pueblo más que por el delgado hilo de un largo sendero.

Sin embargo, la casa está orientada hacia nosotros, quiere aferrarse resueltamente a la seguridad de nuestra vida común, como si estuviera consternada por su audacia al nadar tan lejos que se había girado y agarrado desesperadamente la línea de vida de ese sendero.

Vivía solo, un hombre extraño, hosco y reticente. Algunos decían que tenía una mirada siniestra; y en las raras ocasiones en que se reunía con nosotros en la posada, después de la puesta del sol, se sentaba a un lado y hablaba poco.

Me sorprendió cuando, al salir de la posada una noche, me tomó del brazo y me preguntó si quería ir a casa con él. La luna estaba en su plenitud, y las sombras negras de la multitud que se dispersaba calle abajo parecía gesticular una alarma de extraña consternación. El pueblo enloqueció momentáneamente con el repiqueteo de pasos y el ruido de risas, y en algún lugar del bosque ladraba un perro.

Me pregunté si no lo había entendido mal.

Mientras observaba mi vacilación, su rostro me suplicaba.

—Hay momentos en que un hombre se alegra de tener un poco de compañía —dijo.

Hablamos poco mientras atravesábamos el pueblo hacia los silencios de su casa solitaria. Pero cuando llegamos al sendero, se detuvo y miró hacia atrás.

—Vivo entre dos mundos —dijo—, el salvaje y... —hizo una pausa antes de rechazar la antítesis obvia y concluyó— ...el contenido.

—¿Estamos tan restringidos? —pregunté, mirando el grupo de casas negras y plateadas que se aferraban a su refugio en la colina.

Murmuró algo sobre un «pacto», y mis pensamientos se dirigieron al símbolo de la torre de la iglesia blanca como la tiza que dominaba el pueblo.

—El pacto de la opinión pública —dijo con más audacia.

Mi imaginación se quedó atrás. Estaba pensando menos en él que en la transfiguración de la escena familiar ante mí. No recordaba haberlo estudiado nunca bajo los reflejos de una luna llena. Un eco de su palabra, con distinto acento, pasó por mi mente. Vi nuestra vida como siendo en verdad un pacto, pequeña y limitada.

Volvió a retomar su tema cuando entramos en la casa y nos sentamos frente a frente a través de la mesa, en una habitación que daba al bosque. Los postigos estaban abiertos, así como la ventana, y pude ver cómo, en la otra orilla de los páramos, la luz menguaba débilmente y moría contra el acantilado negro del bosque.

—Tenemos que elegir entre la libertad y la seguridad —dijo—. El individuo es demasiado salvaje y peligroso para la vida común. Debe hacer su acuerdo con la comunidad; someterse a convertirse en un miembro del cuerpo del pueblo. Pero yo —hizo una pausa y se rió—, me he tomado la libertad de mirar por la ventana trasera.

Mientras hablaba me había dado cuenta de un sonido que parecía provenir de debajo del piso de la habitación en la que estábamos sentados. Y cuando se reía me pareció oír la respuesta de un grito ahogado.

Me miró burlonamente desde el otro lado de la mesa.

—Es un eco del bosque —dijo—. Algún truco del sonido. Siempre puedo oírlo en esta habitación por la noche.

Me estremecí y me puse de pie.

—Prefiero la seguridad de nuestra vida común —dije—. Puede ser que tenga una mente limitada y tenga miedo, pero encuentro mi felicidad en las alegrías de la seguridad y el cobijo. Lo salvaje me aterroriza.

—¿Una mente limitada? —comentó—. Solo te falta fuego en la sangre.

Me alegré de dejarlo y él, por su parte, no hizo ningún esfuerzo por retenerme.

No fue mucho después de esta visita que la gente empezó a susurrar sobre él. Al principio no presentaron ningún cargo, hablando sólo de su extrañeza y de su separación de nuestros intereses comunes. Pero luego escuché una historia de un animal salvaje que él enjauló y torturó en la prisión de su casa. Uno dijo que lo había oído gritar en la noche y otro que lo había oído golpear contra la puerta. Y algunos argumentaron que era una amenaza para nuestra seguridad, ya que la bestia podría escapar y entrar en la aldea; y que tal brutalidad, aunque se tratara de un animal salvaje, no podía ser tolerada.

Me preguntaba interiormente si sería asunto nuestro mientras él se quedara con la bestia para sí.

Yo era miembro del Consejo ese año, por lo que participé en la votación cuando se nos presentó el caso. Pero ningún voto mío le habría ayudado si me hubiera atrevido a vencer mis reticencias y hablar en su favor. A pesar de cualquier reserva que los miembros del Consejo pudieran haber tenido secretamente, fueron unánimes en condenarlo.

Fuimos seis, a plena luz del día, a registrar su casa. Nos recibió con una carcajada y nos dijo que podíamos registrar el lugar libremente. Pero aunque buscamos arriba y abajo, escudriñando y golpeando, no encontramos evidencia de que alguna cosa salvaje hubiera estado escondida allí.

A un mes del día de nuestra búsqueda se fue del pueblo.

Lo vi solo una vez antes de que se fuera, y me dijo que había elegido lo salvaje y la libertad, que ya no podía soportar estar atado a la aldea ni siquiera por el hilo del sendero.

Pero no me dio las gracias por haber permitido que el registro de su casa se hiciera a la luz del día, aunque él sabía que yo, al menos, estaba seguro de que en ese cuartito suyo no se oía ningún eco del bosque salvo en las horas transfiguradas entre el día y la noche, el anochecer y el amanecer.